

# EL USURPADOR

## *OSGILIATH*

–¡Prietas las filas, soldados de Gondor!

La serena voz del capitán rasgó la oscuridad de la noche y se impuso al estruendo del combate. Los agotados defensores, ciñendo hombro contra hombro, cerraron una vez más los huecos que comenzaban a abrirse en sus abigarradas filas. Sobre las desdentadas murallas de la ciudad en ruinas, puñados de arqueros e infantes aún mantenían a raya a las partidas de orcos que trataban de poner pie en ellas, pero en torno a la puerta la suerte de la lucha era más incierta. Los poderosos batientes de acero que antaño defendieran Osgiliath de los Reyes habían sido abatidos muchos años atrás y sólo un exiguo muro de escudos cerraba ahora el paso a una turbamulta abominable. Una y otra vez se arrojaban los orcos ciegamente contra la delgada línea de infantes de Gondor y una y otra vez perecían empalados en las largas lanzas, pero el mero peso de los cadáveres amenazaba con quebrar la endeble resistencia. Dos veces había sonado el cuerno de los senescales y dos veces se habían rehecho las filas de los defensores, pero la noche aún era joven y las fuerzas de los soldados se agotaban. Volvió a oírse la voz del capitán:

–¡Ni un paso atrás, hijos de Gondor!

El escudero del capitán, poco más que un niño, había entrado a su servicio apenas una semana antes. Era el honor tradicional de los primogénitos de su familia servir al primogénito del senescal. Cuando aquella tarde ocuparon ambos su puesto en el adarve, sobre las derruidas puertas, el capitán sólo había dicho al muchacho: “Permanece a mi lado. El hijo del senescal no desenvainará su espada a menos que falle toda esperanza”.

La noche había transcurrido sin que la declinante fortuna de las armas de Gondor alterara las impasibles facciones del capitán y sin que su mano se acercara siquiera al pomo de la espada. La mañana estaba aún lejana cuando los orcos, súbitamente, cejaron en sus fanáticos ataques y se retiraron ordenada y silenciosamente. Una nube de temor substituyó al estrépito de la batalla y ascendió hasta donde se encontraban escudero y señor: una compañía de trolls descomunales se había plantado frente a las puertas, arañando la tierra con sus dedos como pezuñas y resoplando. Las bestias, que recubrían sus pieles coriáceas con abolladas placas de cuero y metal, bramaban y aullaban con sus voces inhumanas, desafiando a la debilitada muralla de escudos. De repente, sin mediar orden alguna, los trolls se abalanzaron como un solo y enorme cuerpo contra la pared de

escudos y lanzas. El capitán ordenó concentrar los dardos de sus escasos arqueros contra los monstruos, pero las flechas eran poco más que motas de polvo en la brisa para las enloquecidas criaturas. Ni uno solo cayó.

La línea de infantes que defendía la puerta reculó un poco, anticipando la embestida, pero ningún hombre abandonó su puesto. La mirada de su capitán estaba sobre ellos. El choque fue como el embate de un mar embravecido contra la vana construcción de un niño. Los escudos con los emblemas del árbol blanco saltaron rotos en mil pedazos y los hombres, perdida la seguridad del contacto con sus compañeros, se vieron solos y engullidos por un impenetrable muro de carne sacrílega.

El capitán miraba abstraído hacia el norte, despreciando al parecer el drama que se desarrollaba a sus pies. El muchacho no se atrevía a importunarle. Cuando se volvió al fin hacia el combate, el noble rostro de su señor estaba ensombrecido por una sonrisa. Llevando una mano hacia la empuñadura de su espada, dijo al joven:

–Escudero, breve ha sido tu servicio, mas nuestros caminos se separan aquí para siempre.

Y, descolgando de su cinto el cuerno repujado en plata, añadió:

–Una última misión te confiaré: corre a Minas Tirith y lleva al senescal el cuerno de Gondor y las nuevas de mi muerte –al muchacho le habría gustado oponerse, pero los fríos y serenos ojos de su señor le detuvieron–. Corre ahora. Tiempo tendrás más adelante de buscar una muerte que enorgullezca a tu padre y a tu casa.

Entonces el hijo del senescal de Gondor dio la espalda al escudero y la afilada hoja de su espada capturó el brillo pálido de la luna al salir de la vaina. Sin volver la vista atrás, bajó sosegadamente las escaleras que le separaban de las puertas de Osgiliath, donde sus hombres luchaban y morían en una batalla ya perdida. El escudero miró al oeste, hacia el puente, donde la retaguardia se estaba preparando para hundir los pontones. Aún tenía tiempo de llegar hasta ellos. El muchacho sentía en sus manos el peso del cuerno, pero aún más le pesaba la daga que le diera su padre. El joven no dudó: echándose el cuerno de Gondor a la espalda, desenvainó la afilada daga y se apresuró a seguir a su señor. Nunca el heredero de Lossarnach había vuelto de la guerra sin el heredero del senescal.

Señor y escudero llegaron al pie de la escalera. Los hombres, viendo a su capitán dispuesto a luchar entre ellos, supieron que había llegado el final. Todos los que aún podían moverse se apresuraron a formar el último círculo de espadas en torno al primogénito del senescal y el escudero se colocó cerca de él, procurando que no lo descubriera. Los trolls rugían al ver cerca la victoria, enloquecidos por el olor a sangre y carne abierta. La escasa distancia que les separaba de los últimos defensores se estrechaba y sólo unos pocos rezagados se interponían ya entre las bestias y su presa. De improviso, claro y penetrante llegó desde el norte el sonido de un cuerno. Un toque breve y uno largo. De nuevo un corto toque y luego una larga nota sostenida. Un grito se elevó de las gargantas de los soldados:

–¡Thorongil! ¡Es la señal de Thorongil! ¡El águila de plata ha venido! –el sonido de los cascos de los pesados caballos de guerra al galope se confundió con los vítores de los defensores y los bramidos de desesperación de las bestias, ahora acorraladas–. ¡Thorongil!, ¡Estamos salvados!, ¡¡Thorongil!!

Denethor, hijo del senescal Ecthelion, envainó lentamente la espada. Su rostro permanecía inescrutable, pero el joven Harlan creyó detectar en los fríos ojos azules una llamarada de ira contenida.



#### CARTA DE HARLAN EL JOVEN A FORLONG DE LOSSARNACH

*Mi señor padre:*

*Hoy he participado en mi primera batalla y ahora sé que estabais en lo cierto. No hay belleza ni gloria en la guerra. La belleza y la gloria no son más que aderezos de juglares para entretener a las matronas y doncellas de Lossarnach, que nunca han sufrido sus males. Ojalá nunca los conozcan. La guerra es sucia, sangrienta, cruel. Muchos hombres nobles mueren en ella y no aporta nobleza a los que sobreviven, sino acaso la perspectiva de vivir un día más y el magro consuelo de saber que el sacrificio de unos pocos a veces retrasa el sufrimiento de muchos. Pero no creo que hoy encuentre consuelo en esos pensamientos ninguno de los hombres que intenta dormir alrededor de la tienda de mi señor Denethor, o los que, insomnes, velan sus armas o atienden a los heridos y moribundos. Hoy nadie piensa en la gloria de la guerra.*

*Mi señor Denethor es un hombre de aspecto regio, como me advertisteis, mucho más que su anciano e impedido padre. En el hijo de Ecthelion sin duda ha renacido la antigua majestad de los reyes. Los hombres le siguen fielmente al combate, mas pocos le aman. Confían en él, en su agudeza, en su valor, pero perciben el aura fría que lo envuelve. No hay amor en la voz de Denethor cuando da órdenes y dudo que conozca el nombre de ninguno de los soldados que hoy han muerto. Aunque le sirvo constantemente y cuando me tomó juramento elogió vuestros servicios a Gondor en el pasado, nunca se ha dirigido a mí por mi nombre. Sé que lo ha olvidado.*

*El favorito del ejército, el gran capitán, es Thorongil. Los hombres le aman y le seguirían hasta las mismas puertas de Mordor. ¡Cómo le vitoreaban hoy, cuando entró en Osgiliath a la cabeza de sus jinetes, tras poner en fuga a los trolls que habían roto el muro de escudos! Thorongil aparenta una edad parecida a la de mi señor Denethor y, aunque su porte es menos distinguido, emana de él la vaga sensación de una gran fuerza contenida. Thorongil conoce a casi todos sus hombres por el nombre y los trata sin altanería. Cuando pasó hoy a mi lado y me preguntó: “Mi bravo Harlan, ¿dónde está vuestro señor?”, su sonrisa era franca y en sus ojos parecía haber comprensión para mi desconsuelo. Pero mi señor Denethor se había retirado a inspeccionar los desperfectos en el muro y no fue posible encontrarlo.*

*Pero no todos aman más a Thorongil que a Denethor. Aunque Thorongil es el predilecto de los soldados jóvenes, muchos de los oficiales y soldados más viejos lo miran con suspicacia y no desaprovechan ninguna ocasión para mostrar su preferencia por el primogénito del senescal. Hoy, después de ponerse el sol, he tenido ocasión de comprobar que el ejército está dividido. Volví yo de las puertas de la ciudad cuando pasé junto a una hoguera donde vivaqueaban una docena de soldados. Sus llamas proyectaban sombras efímeras y espectrales en las majestuosas ruinas de la ciudad. Deseando entrar en calor, me acerqué al círculo de hombres en torno al áspero fuego. Uno de los más jóvenes describía admirado la carga de los hombres de Thorongil:*

*–Todo estaba perdido. Los trolls nos derribaban como peleles y los capitanes no podían rehacer la línea. Entonces lo oímos: el toque de Thorongil. El estruendo de sus caballos retumbaba en el suelo y ahogaba los rugidos de los trolls. El pánico cundió entre esas malditas criaturas y nosotros, enardecidos, empezamos a gritar y nos lanzamos contra ellos. Los trolls nos dieron la espalda y huyeron fuera de los muros, donde los jinetes los abatieron uno a uno. Los orcos, al verse solos, escaparon hacia la Ciudad de los Hechiceros. Hoy Thorongil nos salvó.*

*Un sargento que se encontraba junto al soldado, un guerrero veterano y con el rostro curtido por cicatrices, resopló sonoramente:*

*–¿Thorongil? Tu querido Thorongil hoy casi nos cuesta la batalla. Muchos sabíamos que nuestro señor Denethor había dado orden a Thorongil de que descendiera por la ribera este del río con la caballería acantonada en Cair Andros para así sorprender a nuestros enemigos. Se le esperaba al anochecer, como muy tarde. Pero, claro, a tu bienamado Thorongil no le convenía llegar demasiado pronto y estropear su glorioso papel de salvador. Su maldita hambre de gloria nos ha costado hoy decenas de muertos.*

*–No hables así del Águila de Plata –respondió otro soldado, un recluta bisoño–. Es el único que se preocupa de nosotros: hoy, después de la batalla, sin haber descansado siquiera, Thorongil se ha dedicado a atender a los heridos y a confortar a los moribundos en las tiendas de los sanadores. ¿Dónde estaba el señor Denethor? ¿Dónde estaba durante la batalla el hijo del senescal? Thorongil lucha a nuestro lado, su espada se bate junto a las nuestras, mientras Denethor se mantiene bien alejado de la primera línea, a salvo, y se limita a empujarnos al combate soplando ese cuerno de sus antepasados que sus antepasados confundan –el joven se había puesto de pie y gesticulaba a corta distancia de su interlocutor.*

*–Dónde estaba Denethor?–repitió el sargento, con un filo frío en la voz que me hizo mirarle a la cara desfigurada–. Si Thorongil hubiera llegado un poco más tarde habrías visto al hijo del senescal batirse a tu lado. Ruega por que nunca veas el brillo de su espada, pues el Capitán de la Torre Blanca sólo la empuñará cuando todo esté perdido. Así debe ser. ¿Acaso quieres que el único hijo de Ecthelion, el heredero del cetro blanco, muera en una escaramuza sin importancia?*

*–En esas escaramuzas morimos nosotros y nadie se preocupa por ello –respondió el primer soldado–. Si muere el hijo del senescal no faltará quien ocupe el sitio: quizá otro noble de la casa de Húrin o quizá, sí..., quizá alguien amado por el ejército y el pueblo. ¿Por qué no Thorongil?*

*Pude ver a muchos de los soldados más jóvenes asintiendo enfáticamente, mientras otros se revolvían, inquietos.*

*–¿Cómo osas siquiera sugerir semejante blasfemia? –el sargento se volvió violentamente contra el hombre que acababa de hablar. ¿Quién es Thorongil? ¿De dónde viene? ¿Qué sabemos de él, excepto que luchó junto al rey de los señores de los caballos y que tiene un acento extraño, distinto a todos los que se conocen en Gondor? Dicen que la sangre del Oeste corre por sus venas y su aspecto no lo desmiente, pero no sería el primer hombre del Oesternesse que sirve al Enemigo.*

*Al oír esto, los dos soldados más jóvenes desenvainaron sus espadas e increparon, furiosos, al viejo sargento. Éste echó a su vez mano a su acero y llamó traidor y blasfemo a todo aquel que despreciara a la casa de los senescales. Los gritos llamaron*

*la atención de un oficial, que intervino y puso firmes a los alborotadores. Cuando se enteró de la causa de la disputa, el oficial ordenó arrestar a los dos soldados que primero desenvainaron la espada y felicitó al sargento por su firmeza. Una vez el oficial se hubo llevado a los dos jóvenes, un incómodo silencio se hizo en el círculo de hombres. Cuando me fui, poco después, había dos grupos en torno a la hoguera: uno en el que estaban casi todos los jóvenes y los hombres de los feudos y otro, más pequeño, en el que estaba el sargento, los soldados más veteranos y los procedentes de Minas Tirith.*

*Entristecido, me aparté de la hoguera, pero no me había alejado diez pasos cuando en la penumbra casi me tropecé con mi señor Denethor, envuelto en una pesada y oscura capa. Cuando me miró a los ojos, sentí que los suyos podían leer las dudas en mi alma y aparté la vista en seguida. Pasado un instante, reuní la entereza para volver a mirarlo a la cara, pero sus ojos estaban ahora fijos en los dos grupos de hombres junto a la hoguera y su expresión había tornado a ser tan inescrutable como de costumbre.*

*¿Estaba el sargento en lo cierto? No creo que Thorongil haya sacrificado las vidas de tantos hombres a conciencia, pero Denethor es mi señor, a cuyo cuidado me habéis encomendado y a quien serviré hasta la muerte. Sólo espero que no se me pida elegir entre ambos.*

*Buenas noches, mi señor padre. Mañana enviaré la presente con el correo de la tarde. Besad a mi señora madre y a mis hermanas por mí. Se dice que ahora que se ha alejado el peligro de Osgiliath mi señor Denethor retornará a Minas Tirith. Estoy deseando volver a ver las murallas blancas de la ciudad del sol, pero más aún añoro veros de nuevo y cabalgar junto a vos sobre las verdes lomas de nuestra Lossarnach.*

*Vuestro primogénito,*

*Harlan de Lossarnach.*



## **MINAS TIRITH**

En el centro de la amplia estancia, sobre una sencilla mesa de ébano, ardía un único candelabro. No había ventanales, pues la Sala del Mapa se encontraba en los sótanos de la Torre de Ecthelion. Su suelo era un extenso mosaico circular que representaba las antiguas posesiones del reino de Gondor y las naciones vecinas: desde el Vado de Tharbad hasta más allá del mar interior de Rhûn, y desde las Fuentes del Anduin hasta los desiertos al sur de Umbar. Antaño, en las curvas paredes ardían numerosas antorchas para alumbrar todos los confines del mapa. Ahora, la trémula luz de un solo candelabro bastaba para iluminar los dominios de Gondor. Las penumbras cubrían la mayor parte del mosaico, regiones ocupadas por pueblos sedientos de venganza o bien tierras otrora fértiles y ahora convertidas en páramos desiertos.

Junto a la mesa, en una butaca de cuero, estaba sentado Ecthelion II, hijo de Turgon. A un lado descansaba la silla de manos que el senescal de Gondor necesitaba para trasladarse desde que la enfermedad le secara las piernas. El rostro de Ecthelion estaba

marchito, amarillento, y su cuerpo arrugado apenas era mayor que el de un niño, pero una viva llama ardía aún en sus ojos y poseía una voz firme, postrera manifestación de la antigua firmeza de su cuerpo.

Ethelion había ordenado que pusieran su butaca sobre el río Harnen, con el golfo de Umbar a sus pies. Frente a él, de pie sobre la Bahía de Belfalas, estaban Denethor, su hijo, y Thorongil, su máspreciado consejero. Pegado al frío muro, esperando en las sombras alguna orden de su señor, Harlan observaba la escena. “Hoy puedes entrar conmigo, Harlan, hijo de Forlong,” le había dicho Denethor, sorprendiéndole con el uso de su nombre y el de su padre. “Aprenderás cómo un gobernante muere un poco con cada decisión que toma”.

Ahora que los veía de espaldas, Harlan pensó que, aunque ambos tuvieran constituciones parecidas –Thorongil era más alto–, Denethor transmitía la impresión de ser un hombre en la plenitud de sus fuerzas: firme, duro, casi invulnerable. Thorongil no parecía menos fuerte o resistente, pero a Harlan se le antojó que aún no era sino el germen del hombre que podía llegar a ser.

–Me ha llegado una nueva carta de Adrahil de Dol Amroth –comenzó a hablar Ethelion–. El príncipe está muy preocupado: los Corsarios de Umbar son cada vez más osados en sus incursiones y los pescadores apenas se atreven a salir a faenar. Varias aldeas de Lebennin y las Falas han sido saqueadas y el propio Adrahil tuvo que salir al frente de sus hombres para liberar Linhir, que estaba siendo asediada por un fuerte contingente de Corsarios. Adrahil pide que enviemos la flota en su ayuda.

–La flota no ha salido de Pelargir desde los tiempos de Belecthor II –respondió Denethor, lentamente–. Hace demasiados años que nuestros marinos no se aventuran más allá del Anduin y ahora sólo cuentan con ligeras galeras fluviales, y no muchas. Si los vigías en Tolfalas prendieran las almenaras del sur, la escuadra buscaría a la flota de Umbar en las Bocas del Anduin, donde la ligereza y el escaso calado de nuestras naves supone una ventaja frente a los pesados barcos del enemigo. Si no detuvieran a los Corsarios, al menos ganaríamos tiempo para aprestar las defensas río arriba. Pero en mar abierta –Denethor movió lentamente la cabeza– los ataques de nuestras galeras serían poco más que picotazos de tábano en una caballería: molestos, dolorosos, nunca mortales. Y nos arriesgaríamos a que un simple golpe de su cola las barrierá del mar. No hay que desdeñar la posibilidad de que estos ataques sean una añagaza para hacer salir a nuestra menguada flota a las aguas abiertas y allí aplastarla.

–Poca honra cosechará la flota de Gondor anclada en puerto mientras son saqueadas nuestras costas –dijo, sombrío, Ethelion.

–Y de poco servirá a Gondor una honrosa flota reposando en el fondo de la Bahía de Belfalas –repuso Denethor, seco.

Ethelion ignoró la interrupción y continuó su argumento, dirigiéndose a Thorongil, que permanecía mudo. Harlan tuvo la impresión de que Thorongil era el árbitro de la discusión, y Ethelion buscaba su asentimiento.

–Ni siquiera conocemos la fuerza de la flota de Umbar –continuó Ethelion–. Sabemos que sus astilleros se han afanado en construir naves de gran calado, pero ignoramos cuántas están listas para zarpar, o si cuentan con naves auxiliares para contrarrestar la agilidad de nuestras galeras.

–Sería la primera vez que la flota de Umbar cometiera tamaña torpeza –dijo Denethor pensativo–. Pero lleváis razón –añadió, midiendo cuidadosamente las palabras–. No sólo el brazo de Gondor se ha acortado. También los ojos de la Torre Blanca están ahora ciegos. Y, sin embargo, esto no siempre fue así. Los ojos de los reyes de Gondor escrutaban hasta los más lejanos confines de este mapa.

Con un movimiento del brazo, Denethor abarcó todo el mosaico, mientras su mirada se clavaba en la de su padre. Un relámpago iluminó los ojos del anciano, que se irguió todo lo que le permitía su reseco cuerpo.

–Esa puerta está cerrada. No pasará mucho tiempo antes de que la llave te pertenezca y entonces serás libre de hacer lo que tu sabiduría, que no es poca, te aconseje. Pero yo te digo, Denethor, hijo de Ecthelion, cuidado con tu orgullo. Eres fuerte, sí. Quizá el más fuerte de nuestra casa desde Cirion el Sabio, pero ni Cirion el Sabio osó escudriñar ese abismo. Esa puerta está cerrada desde que se perdiera Minas Ithil, y cerrada permanecerá mientras yo viva.

Se hizo el silencio. Padre e hijo permanecían inmóviles, con las miradas engarzadas. Harlan observó que Thorongil, de perfil frente a él, miraba a Denethor con intensidad, con el brillo de una pregunta en el fondo de sus ojos negros y el ceño fruncido. Luego se volvió a Ecthelion.

–Mi señor Denethor tiene razón.

La voz de Thorongil rompió el hechizo que parecía ligar las miradas de los otros dos hombres. Denethor se volvió hacia él, con repentina alarma. Thorongil repitió sus palabras.

–Mi señor Denethor tiene razón. Sería insensato enfrentarnos al poder de Umbar en mar abierta, pero donde no hay ocasión para grandes hechos de armas quizá la haya para la astucia y la osadía.

En el perfil de Denethor Harlan pudo leer una sombra de sospecha, como la expresión de un animal que olfateara una trampa en su camino. Thorongil continuó hablando.

–Yo conozco bien el puerto de Umbar y el interior de sus galeras –un fugaz rictus de dolor le atravesó el semblante–. El puerto –señaló con la bota las grises teselas que lo representaban– es un amplio abrigo natural, con una bocana muy estrecha y defendida por dos torres gemelas en los extremos, donde se turnan vigías día y noche. Los Corsarios, además, cierran la bocana cada noche desde hace siglos con una pesada cadena que llaman Angainor, en burla a la poderosa cadena de la Primera Edad. Ahora bien, en la pleamar viva una nave de poco calado podría pasar por encima de la cadena sin rozarla y deslizarse dentro del puerto. Los Corsarios no temen ataque alguno, confiados en el poder de su flota y en la fortaleza natural del antiguo puerto númenóreano. Cuando estuve allí los navíos de guerra estaban atracados costado contra costado, decenas y decenas de galeazas, galeras y poderosas drómonas.

–Fuego.

La voz de Denethor se adelantó a la explicación de Thorongil. Thorongil asintió, serio. Luego continuó.

–La bocana del puerto está vigilada, pero cien años de supremacía incontestable habrán tornado a sus guardias descuidados. Si nos apoderamos de las torres de la

bocana, podemos deslizar un puñado de galeras ligeras en el puerto de Umbar, aparejadas con velas negras, a la manera de los corsarios. Nuestros barcos salvarán la cadena con la pleamar nocturna y podrán atacar con fuego y azufre la hilera de naves corsarias. Si nos sonrío la fortuna, en poco tiempo se pueden provocar incendios a lo largo de toda la línea y nuestras galeras podrían incluso escapar antes del amanecer. Los corsarios estarán demasiado ocupados lidiando con los fuegos para perseguirnos. No destruiremos toda la flota de Umbar, pero podríamos asestarle un golpe del que le costaría años recuperarse, quizá décadas.

–Es muy peligroso –respondió Ecthelion, tras unos instantes de reflexivo silencio–. No quisiera arriesgar a uno de mis mejores capitanes ni a algunas de mis ya escasas galeras en una misión sin esperanza de retorno.

–La empresa no está exenta de riesgos, pero puede prosperar –Denethor hablaba pausadamente–. No tengo a Thorongil por un suicida ni por un atolondrado. Si conoce el puerto de Umbar tan bien como dice, hay grandes posibilidades de éxito y semejante golpe bien merece arriesgar unas pocas galeras.

–Y si Thorongil no vuelve, no todos llorarán su pérdida. ¿No es así, Denethor, hijo de Ecthelion?

La voz de Ecthelion sonó fría, cortante, y Denethor se irguió, al tiempo que se endurecía su semblante. Su mandíbula estaba tensa, apretada, pero cuando habló sus palabras sonaron sorprendentemente indiferentes.

–Lleváis razón. Quizá la pérdida de Denethor sea menos... amarga. Thorongil me indicará la disposición del puerto y yo comandaré la flotilla con gusto.

–De ningún modo puedo tolerar este sinsentido –la voz de Thorongil se adelantó a la respuesta de Ecthelion, fuera cual fuese esta–. El hijo único del senescal de Gondor no puede exponer su vida en una empresa tan incierta. Lo impiden la tradición y el buen sentido. Yo comandaré la flotilla y la traeré de regreso.

Ecthelion guardó silencio unos instantes. Luego asintió lentamente, como si lo hiciera muy a su pesar.

–Sea, pues. Que los astrónomos elijan una noche sin luna con pleamar viva y que se apresten las naves que necesitéis. Elegid bien a los hombres para el asalto a las torres y que el Capitán de los Barcos os proporcione a sus mejores marinos. Que los alquimistas preparen cal ígnea según la antigua fórmula Númenóreana, que produce una llama que se aviva en contacto con el agua. Thorongil, parte con los buenos deseos de las gentes de Gondor. Podéis retiraros.

Thorongil se inclinó profundamente y salió de la sala con paso decidido. Denethor lo siguió con la mirada y dudó unos instantes, pero finalmente se inclinó también y se giró, dejando el cuerpo ajado de su padre solo en la trémula luz del candelabro. Antes de salir, el escudero pudo ver fugazmente la cara de su señor. No había en ella ira, ni dolor, ni vergüenza, ni odio, ni ninguno de los sentimientos que Harlan esperaba. El rostro de Denethor estaba más impasible que nunca, pero sus ojos eran pozas insondables de cansancio, como si desde ellos se asomasen los siglos y siglos de desvelos de sus antepasados.





## CUADERNO DE BITÁCORA DE LA GALERA GWael

*Aún estamos fondeados en la cala a la que arribamos ayer por la noche. Un espolón rocoso nos oculta de los ojos de las naves que pasen frente a la costa. Amarrada a nuestro costado está la Gwaeren, nuestra galera gemela, y en una cala cercana están ancladas las cuatro galeras restantes de nuestra flotilla. Perdimos la Naith hace una semana cuando embarrancó en las bocas del río Harnen, pero logramos salvar a su tripulación. Navegando en la oscuridad y ciñéndonos a la costa durante 250 leguas, sólo la gracia de Ulmo nos ha salvado de perder más naves. En estas casi tres semanas hemos encontrado abrigo durante el día en cuevas y recovecos de la costa cuando estos existían o, demasiado a menudo, simplemente hemos largado el ancla tras el precario abrigo de algún islote.*

*Nunca pensé que llegaríamos tan lejos, pero Thorongil ha hecho gala de un conocimiento de estas costas y de las costumbres de la flota de Umbar tan profundo que cabría pensar que ha navegado en sus galeras de velas negras. Cuando así se lo dije, respondió: “Es sabido que jamás un galeote consiguió escapar de las cadenas de una nave de Umbar, capitán Faradan, así que sólo te queda confiar en que no es un espía de los corsarios quien marca tu rumbo”. Luego esbozó una torva sonrisa y, dándome la espalda, dio por terminada la conversación.*

*No dormiré tranquilo hasta que nos libremos de las dos docenas de barriles llenos de cal ígnea que llevamos en la bodega. Nunca he visto arder la maldita sustancia, pero el alquimista que nos la entregó aseguró que basta el contenido de una redoma para encender un fuego inextinguible en un barco, ya que su llama se alimenta con el agua y es imposible de sofocar una vez se ha enroscado en la madera de una nave.*

*El plan está trazado. Dos galeras se encargarán de tomar las torres de la bocana y otras dos desembarcarán en los muelles a la fuerza principal, al mando de Thorongil. Él será el encargado de prender fuego a la sustancia y luego impedir que los corsarios se acerquen a las naves antes de que el incendio sea imparable. Pero a la Gwael y la Gwaeren, las galeras más rápidas, Thorongil nos ha encomendado la misión de derramar la poción de modo que la marea creciente la extienda hasta las naves de Umbar, procurando no ser atrapados por el fuego. Los Valar me libren de las llamas, pues no hay destino peor ni más vil para un marino.*

*El sol comienza a hundirse en el mar en el punto exacto donde antaño se alzara Númenor y el agua del Belegaer brilla roja, como teñida ya con la cal ígnea. Ha llegado la hora de zarpar.*



## MINAS TIRITH

El agua del mar jugueteaba con los blancos pies de la muchacha, casi una niña, y el sol le acariciaba los finos brazos. Una suave brisa emulaba la danza de las olas sobre su tenue túnica y a sus espaldas, aun sin verlas, sentía las torres afiladas de Dol Amroth, como centinelas verticales que espantaran todo peligro. El mundo sonreía y la doncella, feliz, cerró los ojos. Entonces lo oyó, primero confundiéndose con el rumor de las olas, luego suplantándolo: el llanto persistente, agudo, insufrible, de su hijo. ¿Su hijo? ¿Tenía

ella un hijo? Dio otro paso. El suelo a sus pies era ahora seco, duro y frío, ya no arena revuelta por el cálido mar, sino firme roca. Cuando abrió los ojos, el sol estaba velado por las nubes sobre el Mindolluin, que se erguía, ceñudo, frente a ella. Finduilas, esposa de Denethor, sintió frío. Siempre hacía frío en Minas Tirith. A su espalda ya no intuía la segura presencia de Dol Amroth, sino un vacío, terrible y oscuro, que parecía arrastrarla hacia él. Eran pocos los lugares de Minas Tirith en los que era posible ignorar la oscuridad que acechaba al este. Finduilas no se atrevía a volver la vista atrás. Las náuseas la asaltaron mientras el crudo frío le traspasaba los huesos, un frío que no había podido arrancarse en los últimos cuatro años. La atracción del vacío a sus espaldas creció hasta hacerse irresistible, o quizá ella ya no sabía, no podía resistirse. Arrastrada sin remisión, Finduilas se sintió caer, caer, caer en un abismo sin fondo.

Entonces despertó en su cama, la respiración superficial, entrecortada. Denethor no estaba a su lado. Las mantas habían caído al suelo y, sin el calor de su esposo, ella estaba helada. Sus delgados brazos, ateridos, no le dieron consuelo alguno cuando los pegó a su cuerpo. De pronto lo recordó: el llanto del niño la había despertado. Finduilas escuchó con atención. Silencio. ¿Estaría bien? ¿Por qué había callado? Cubriéndose precipitadamente con la manta, se levantó y, descalza sobre el gélido suelo, se apresuró junto a Boromir. Una corriente glacial se coló bajo la manta al salir al pasillo y Finduilas se estremeció. Junto a la puerta de la alcoba de su hijo, en un catre, dormía el ama de cría. Silencio. Una punzada gélida atravesó su corazón cuando, temblando, Finduilas abrió la puerta y entró en el cuarto. La brisa nocturna hacía ondear los pesados cortinajes que cubrían la ventana y la tétrica luz de la luna se colaba intermitentemente entre ellos. La alcoba estaba orientada a la Tierra sin Nombre, al vacío del este. Denethor, su marido, había insistido en que esa era la costumbre: el futuro senescal de Gondor debía convivir desde su primer día con la amenaza de la Tierra de la Sombra. Silencio. Despacio, con un mal presentimiento enroscado en su garganta, Finduilas se acercó a la blanca cuna. Con paso liviano, pisó la cálida alfombra y se asomó a la cuna mientras la tersa lana abrazaba sus pies y la sangre parecía volver a circular por ellos. Allí estaba su hijo, profundamente dormido y en paz, la piel sonrosada y, como siempre, sano, lleno de vida. El pequeño Boromir se había desarropado y Finduilas le acarició la mano, segura de que la encontraría helada, pero su calidez la sorprendió y sólo le hizo sentir más el frío de su propia mano.

—Es un hijo de Minas Tirith, la brisa nocturna de julio no le incomoda.

Finduilas se volvió al oír la voz de Denethor, su esposo, que la contemplaba de pie en el vano de la puerta. Por un momento pensó que parecía enfermo, los ojos hundidos en sus órbitas, la cabeza encorvada. Inclinandose sobre la cuna, Finduilas arropó a su hijo.

—Eso que llamas brisa nocturna en el sur lo llamamos viento helador.

Finduilas miró a Denethor y sonrió. Su marido se acercó a ella y la estrechó contra su pecho. Ella coló sus brazos entre ambos y se apretó contra él, bebiendo su calor como alguien perdido en el desierto bebería el agua de un oasis. Como siempre que la abrazaba, a Denethor le admiró lo pequeño que era el cuerpo de su esposa junto al suyo, cuán delicado y ligero. La abrazó aún más fuerte, rodeándola con sus brazos para prestarle todo su calor.

—¿Has vuelto a subir? —Preguntó Finduilas sin mirarlo. Denethor asintió y Finduilas se arrebujó junto a él—. Te echo de menos en la cama.

Denethor no respondió. Finduilas levantó la cabeza, para besarlo, pero los ojos de Denethor estaban fijos en la apacible figura de su hijo.

–La flota de Umbar ha ardidido y él navega de vuelta a Pelargir –dijo al cabo de un rato, sin apartar la vista de su hijo.

–Mírame –Finduilas le tomó la cara con ambas manos y le obligó a mirarla–. Encontrarás el modo. Yo sé que lo encontrarás –y entonces lo besó.



### *BAHÍA DE BELFALAS*

Thorongil estaba acodado en la barandilla de popa de la *Gwaeren*, una de las cinco naves supervivientes de las siete con las que zarpara de Pelargir casi dos meses antes. Thorongil se había adelantado con la *Gwaeren*, la más rápida de las cinco, para llevar las nuevas de la victoria a Pelargir. En la cálida noche sin luna, la solitaria estela de la galera titilaba con una temblorosa luminiscencia azul, un fenómeno raro tan al norte. Los marinos de Gondor decían que era el brillo de las almas de los niños sepultados con Númenor en los abismos del mar, despertadas por el paso del barco. Los piratas de Umbar lo tenían por un mal agüero, que presagiaba el hundimiento de la nave que dejaba tras de sí tan fantasmagórico rastro. Thorongil había leído siendo niño en Rivendel que la luz emanaba de miles de seres diminutos, que respondían al movimiento del agua. Quizá fuera verdad, pues mucha era la sabiduría de los elfos en las cosas del mar, pero Thorongil no podía sacarse de la mente que esa temblorosa fosforescencia no era sino la sombra fantasmal de la llama que él mismo había prendido en Umbar y que había devorado por igual a amigos y enemigos.

El plan había surtido efecto. Una vez la *Gwael* y la *Gwaeren* hubieron extendido la cal ígnea, Thorongil había lanzado la primera antorcha desde el muelle. Los corsarios acudieron desordenadamente a sofocar el fuego y los hombres de Thorongil los rechazaron con facilidad y sin sufrir bajas. Él mismo había dado muerte al capitán del puerto de Umbar, que, al frente de una compañía armada a toda prisa, trataba de abrir paso a las partidas de rescate. Al ver caer a su capitán, el resto de corsarios se retiró desordenadamente. Tras comprobar que el fuego era incontrolable y que más de la mitad de la flota de Umbar estaba en llamas, Thorongil dio orden de retornar a las naves.

Cuando cerraba los ojos, Thorongil aún podía ver la deflagración de la cal ígnea cuando arrojó aquella antorcha. La marea había extendido la anaranjada mancha de la sustancia hasta la línea de barcos de guerra de Umbar, pero también hacia las dos galeras de Gondor que la habían vertido. La *Gwaeren*, haciendo honor a su nombre, había huido como el viento de la mancha creciente, pero la *Gwael*, más lenta o con peor suerte, se había impregnado de la pócima maldita. Desde el muelle, Thorongil contempló con horror e impotencia cómo la ola incandescente lamía el casco de la *Gwael*. A bordo de la galera no se oyeron gritos ni lamentos, sino sólo secas órdenes, ladradas con la ronca voz del capitán. Un cuerpo cayó al agua, sólo uno, y nadó hacia la *Gwaeren*, alejándose del fuego de manera desesperadamente lenta. Luego la *Gwael* viró hacia la línea de barcos de Umbar y puso la proa hacia aquellos que estaban aún a salvo de las llamas. Al principio avanzó a buen ritmo, con los remeros bogando al compás,

pero a medida que el fuego iba devorando la nave los remos caían al mar y su marcha se hacía más lenta, hasta que al final, por pura inercia, fue a pegarse al costado de una galeaza con ricas incrustaciones de oro y perlas, que comenzó a arder como una tea. Para entonces hacía tiempo que sólo se oían los chillidos enloquecidos de dolor de la tripulación de la *Gwael*. Algunos de sus tripulantes saltaban de la pira que era ya la galera a una tumba llameante en el mar. Sí, dijeran lo que dijeran los elfos, esa espectral estela de luz no era sino el largo dedo de los muertos en Umbar, que apuntaba a su ejecutor.

–Mi señor Thorongil...

Thorongil salió de su ensimismamiento. Antes de girarse ya sabía que la voz pertenecía a Golasgil, el heredero del señor de Anfalas, al que el capitán de la *Gwael* había ordenado lanzarse al mar con el cuaderno de bitácora de la nave. Thorongil recordaba las lágrimas de vergüenza del muchacho por haber sido el único superviviente de su tripulación. Ahora, en su rostro brillaba fantasmagórica la luz de la estela. Thorongil supuso que todos en la *Gwaeren* eran un poco muertos en vida. El muchacho volvió a hablar.

–Mi señor Thorongil, el vigía ha avistado un barco que se dirige hacia nosotros.

Thorongil se dirigió con paso rápido a la proa de la galera, donde ya se congregaba un pequeño grupo de tripulantes. El capitán Elastor lo llamó a su lado.

–Es un barco grande y viene hacia nosotros con todas las luces encendidas. Debe ser una de las galeazas de Umbar, que retorna de sus correrías en nuestras playas. Es imposible que se trate de una de las nuestras, pues la noticia de nuestro éxito no ha podido llegar aún a Pelargir, y ninguna nave de Gondor se aventuraría tan al sur con las luces encendidas sin saber que la flota principal de Umbar ha sido destruida. Deberíamos ceñirnos a la costa y evitar el encuentro.

Thorongil se apoyó en la borda, escudriñando en la distancia. Al cabo de largo rato, habló lenta y gravemente.

–Es una nave de Gondor. Distingo claramente las tengwar inscritas en los blancos gallardetes: *romen, ando, romen*.

–Habría que tener los ojos de un gato para ver una cosa así a esta distancia y de noche –repuso el capitán–. Además, sólo hay un barco en Gondor que pueda izar esa enseña.

–La *Aglar Annúnor* –repuso Thorongil–, la nave enseña del senescal Ecthelion. Encended el fanal de proa y poned rumbo hacia ella.

Viendo la duda en los ojos del capitán, Thorongil añadió, con una sonrisa:

–Hacedme caso, mi buen Elastor, vengo de una familia con buena vista.

Poco tiempo después, las dos naves estaban abarloadas y ancladas en una profunda cala en la orilla norte del estuario del Harnen. Desde la *Aglar Annúnor* se había descolgado una escala y se había invitado a Thorongil a subir a bordo. Una vez en el barco, Thorongil había sido recibido por el joven Harlan, quien le dio la bienvenida a bordo y le conminó a seguirlo a la cámara del senescal. La estancia era de una sencillez marcial, sin más muebles que un estrecho catre y una amplia mesa, todo atornillado al suelo. Varias cartas náuticas estaban desplegadas en las paredes y dos candiles iluminaban apenas la estancia. Tras la mesa, Denethor esperaba, las manos a la espalda

y vestido con una amplia túnica blanca abotonada hasta el cuello, sin cinturones ni herrajes

–Enhorabuena, capitán Thorongil, por el éxito de vuestra misión –comenzó a hablar Denethor, sin el asomo de una sonrisa–. Vuestros hombres serán honrados como héroes y me ocuparé personalmente de que nada falte a las familias de los que quedaron en Umbar. Debo deciros que jamás pensé que conseguirías volver con tan pocas bajas.

–Y aun así, son varias decenas las familias que en breve llorarán a un padre, un marido o un hermano, mi señor Denethor –respondió Thorongil, quien reparó entonces en el pesado sello que Denethor llevaba en su dedo anular–. Confío en que vuestro padre se encuentre bien de salud.

–Mi padre está agotado y las tareas del gobierno son ya demasiado pesadas para un anciano en su estado –Denethor giró el sello en torno a su dedo, como un hombre aún no acostumbrado a su presencia–. Confieso que esperaba sorprenderos, capitán, pero el sorprendido soy yo. Mi presencia aquí no parece extrañaros, aun cuando las noticias de vuestra gesta aún no han llegado a Gondor.

Una sonrisa se asomó a los labios de Denethor, pero no encontró eco en sus ojos. Thorongil reparó en que parecía haber envejecido diez años: sus pupilas estaban hundidas en las órbitas, como las de un hombre que hace mucho tiempo que no encuentra descanso en el sueño.

–Cruelles sin duda son las viglias al final de la escalinata de la Torre –repuso al fin Thorongil.

–Una vez más demostráis que no sólo sois un capitán diestro con las armas, sino un maestro de la tradición, y agudo de entendimiento por añadidura. Pocos son los que siquiera sospechan lo que se guarda en la cámara más alta de la Torre de Ecthelion. Sois un hombre peligroso, capitán Thorongil.

–¿Peligroso yo? Quizá, pero sólo para los servidores del Enemigo.

–¿Estáis seguro? –la voz de Denethor se enfrió aún más–. ¿Acaso ignoráis lo que ocurrirá cuando lleguéis a Pelargir? Seréis recibido no ya como un héroe, sino como el salvador del reino. De entre la turba surgirán gritos pidiendo coronar al capitán Thorongil. Os agradecería que no os molestéis en simular sorpresa. Me aseguran que muchas mujeres de Pelargir se afanan ya en las tareas de bordado y no me cabe duda de que sobre la muchedumbre ondearán cientos de pendones con el árbol coronado. No sería de extrañar que algunos oficiales de la guarnición izaran también la enseña de los reyes de Gondor sobre el astillero y el alcázar. Al día siguiente, en Minas Tirith, una muchedumbre exultante exigirá vuestra coronación. El senescal tendría que elegir entre acceder a sus deseos o sofocar el clamor con sangre, pues la alegría de las masas es hermana de la furia si se sienten desairadas. Y mi padre no sólo ama a su pueblo, también os ama a vos, capitán Thorongil.

–Escuchándoos, diríase que he urdido un plan para hacerme con la corona.

–¿Cómo distinguir un plan de un deseo cumplido? –respondió Denethor, mordaz–. ¿Acaso rechazaríais la corona, si se os ofreciera?

–No sería la primera vez que un capitán victorioso se ciñe el yelmo alado del Oesternesse.

–No, sería la segunda, pero Eärnil era de la familia real, descendiente de Umbardacil. Los senescales han gobernado Gondor casi mil años en nombre del rey y la sangre de Númenor corre pura en nuestra casa, pero ni cien veces mil años bastarían para que un senescal suba los escalones que separan su sitio del trono. ¿Os consideraréis con más derecho al trono que la casa de Húrin?

–Mi derecho es superior al de la casa de Húrin: yo soy Aragorn, hijo de Arathorn, capitán de los dúnedain del norte y heredero de Isildur. La corona de Gondor me pertenece por derecho de primogenitura.

Si Thorongil había esperado alguna reacción concreta en Denethor, desde luego no había sido la sonrisa sardónica que ahora asomaba a su rostro.

–Sí, sospechaba que algo así se ocultaba tras el Águila de la Estrella –Denethor hizo una pausa–. Concedamos que decís la verdad. Si sois heredero de Isildur, también lo seréis, por ventura, de Arvedui de Arthedain, aquel a quien en mala hora dieron un nombre que significa “el último rey”. No conviene acelerar ciertas profecías con un nombre ominoso –la voz de Denethor denotaba sorna–. No hace falta ser un maestro de la tradición para saber que ese mismo Arvedui reclamó la corona de Gondor tras la muerte del rey Ondoher y sus hijos en batalla, pero los dúnedain de Gondor rechazaron ya entonces aquella demanda y ofrecieron la corona a Eärnil. Diríase que habéis decidido sumar a vuestra noble estirpe el aura de capitán victorioso para obtener hoy lo que fue denegado a vuestro antepasado hace mil años. No puede negarse que provenís de una familia persistente, pero me disculparéis si no me apresuro a ofreceros la corona de Gondor. Si los dúnedain del norte son poco más que mendigos y vagabundos en mansiones ajenas no pueden culpar más que a su incompetencia. ¿Es esa la ejecutoria que avala vuestra pretensión al trono de Gondor?

–Celebro que hayáis descubierto vuestro sentido del humor después de tanto tiempo de habernos conocido, mas la ocasión es grave y justa mi demanda. Los senescales gobiernan hasta que el rey regrese. Pues bien, el rey ha regresado. ¿Cumpliréis vuestra obligación?

–¿Acaso os ha parecido que os considero causa de chanza? –La sonrisa desapareció del rostro de Denethor–. Nada más lejos de mi mente; como os he dicho, sois peligroso, mortalmente peligroso para mi reino. ¿Sabéis lo que se rumorea entre las buenas gentes de Minas Tirith? Que el árbol blanco ha vuelto a brotar, y que esa es la señal del comienzo de una nueva era de grandeza para Gondor.

–Así germina la esperanza, quizá incluso con más fuerza en tiempos de tribulación. ¿Os opondrías a dar esperanza a vuestro pueblo?

–A fe mía que sois peligroso –la voz de Denethor delataba una ira mal contenida–. Habláis de esperanza, pero sólo ofrecéis mentiras y vanagloria. El árbol blanco no ha florecido, ni florecerá ya nunca, pero si tuvierais ocasión alimentaríais esa esperanza, que sueña con brotes ilusorios en un árbol que murió en los tiempos del abuelo de mi bisabuelo. Pronto os veríais obligado a avivar la tenue llama de la esperanza con nuevas victorias para evitar que se extinga. Abandonando la prudencia, llevaríais la guerra más allá del Anduin y quizá durante un tiempo tendríais éxito, si al que habita en Barad-dûr le complaciera jugar con vos como el gato juega con el ratón. Pero cuando el gato se cansara del juego, una sola de sus zarpas bastaría para aplastar todo el ejército de Gondor, si lo exponéis en campo abierto. El oeste sería anegado en una segunda y

definitiva Oscuridad, pues esta vez no vendrá ayuda de más allá del mar. Esta es la verdadera medida de vuestra vana esperanza.

—Gondor tiene una deuda de gratitud con vuestra casa que jamás podrá pagar —respondió Thorongil—. Habéis conservado vuestra encomienda, cediendo aquí y allá, pero cumpliendo el encargo del rey: custodiar el reino hasta su retorno. Mas el tiempo de los anticuarios y embalsamadores pasará pronto. Nuestra Tercera Edad concluirá, bañada en sangre, y ni los más sabios conocen si la nueva edad que surja de sus ruinas alumbrará el triunfo de las tinieblas o, al menos durante un tiempo, un periodo de paz y prosperidad. Sólo la más insensata de las esperanzas puede guiarnos en el tránsito. En Gondor esa esperanza es el retorno del rey. Culminad vuestra misión, senescal Denethor, pues senescal sois ya en todo menos en nombre: escuchad el clamor de vuestro pueblo, que está cansado de luchar sin esperanza, y dadle un rey de la casa de Isildur, un rey que les devuelva la fe en la victoria, pues una cosa es cierta: nunca llegará una victoria en la que no se cree.

Denethor apartó la mirada y no respondió. Thorongil creyó sentir, sólo por el más breve de los instantes, el levísimo aleteo de una duda en él. Pero en seguida los puños de Denethor se cerraron y cuando se volvió de nuevo hacia él, a Thorongil le pareció que sus rasgos estaban como tallados en roca y sus ojos ardían con el fuego mismo de los candiles.

—Vanos, locos ensueños. Vos no habláis, Thorongil, desvariáis con un delirio contagioso y fatal. Si se os otorgara la corona, ninguno de los niños que hay hoy en Gondor llegaría a convertirse en hombre. Sois la muerte para mi pequeño Boromir y quizá algo peor para la dama Finduilas. Apestáis a muerte. Embalsamador me habéis llamado; verdugo os llamo yo, verdugo ciego e insensato. Contra el poder que se levanta en el este no hay victoria posible. Lo he visto. Estamos solos frente a la Oscuridad, y esta no deja de crecer. Sólo podemos aferrarnos a la voluntad inflexible, fanática, de resistir día a día, de no ceder un solo palmo. Esa es nuestra tarea, esa es nuestra fe: ya que no podemos tornar el tiempo, nos aplicaremos en ralentizarlo, para que nuestros hijos vivan y un día lleguen a ocupar su puesto a nuestro lado en los muros. ¿Habláis de victoria? Cada mañana que las trompetas de la ciudadela saludan al sol que se eleva en el este es una victoria.

Denethor se había erguido, inflamado por su discurso, y, rodeando la mesa, se había plantado frente a Thorongil, su rostro incómodamente cerca, pero éste no se había inmutado. Denethor se detuvo entonces y recuperó la compostura. Luego se retiró unos pasos, volviendo a poner la mesa entre ambos, y continuó en un tono más calmado.

—Muchas son las ramas menores de la casa de Anárion, capitán Thorongil, y pocas de ellas han olvidado que en sus venas corre sangre de reyes. Durante los mil años en que la casa de los senescales ha gobernado en nombre del rey, Gondor ha estado libre de guerras entre parientes. Reclamad hoy ese trono para vos y mañana diez familias de la casa de Anárion levantarán sus banderas para defender sus derechos al trono. ¿Esperáis que los que se consideran herederos de Anárion doblen su rodilla ante el dudoso heredero de una rama menguada, en agradecimiento por una afortunada escaramuza en un puerto lejano? No lo lograríais a menos que derribarais los cimientos de la misma Barad-dûr.

—¿Me amenazáis con la guerra civil?

–No habrá guerra civil – Denethor suspiró–. Las compañías que planeaban izar el árbol coronado si regresabais a Pelargir han sido destinadas a la guarnición de Tolfalas. Sus puestos los ocupan ahora hombres de la casa del príncipe Adrahil, mi suegro. Como habéis advertido, el senescal mi padre, agotado por sus muchas responsabilidades, me ha encomendado el gobierno de Gondor, a petición del Consejo del Reino –Denethor se ajustó el sello en el dedo anular–. Como senescal regente, no apoyaré vuestra demanda. No habrá guerra civil, pero si porfiáis en vuestro retorno, correrá la sangre. No faltará quien os proclame rey, mas os ruego que entendáis bien esto: las casas nobles aplastarán sin contemplaciones cualquier conato de revuelta. Vuestra causa está perdida; quizá lo estaría incluso con mi apoyo. Si regresáis, la lealtad de los hombres del oeste se dividirá y el Enemigo aprovechará esa fractura en nuestro muro para quebrarlo. Esos son los golpes en los que se deleita, como vos sabéis bien, pues fue la división la que trajo la ruina del reino de Arnor.

–La hora de la prueba definitiva se acerca, Denethor –Thorongil por primera vez prescindió de títulos–. Hay algo más en juego que la mera política y pronto las mezquinas ambiciones de vuestros señores no importarán nada ante la sombra que se cierne sobre Gondor.

–Si es así, nos encontrará unidos y dispuestos a vender caro el reino –Denethor se soltó unos botones de la túnica y Thorongil vio que bajo ella vestía cota de malla–. He hecho voto de vestir cada día como mis soldados mientras me esté encomendada la defensa de Gondor –Denethor volvió a abotonarse la túnica–. Capitán Thorongil, vuestro retorno a Gondor sólo complacería al Enemigo, mas no lo prohibiré ni lo impediré por la fuerza. No será por mi mano que se derrame la sangre de los dúnedain. Esa elección es sólo vuestra, como lo será la responsabilidad por lo que ocurra.

Thorongil sostuvo la mirada de Denethor y éste no apartó la vista. No había doblez ni dudas en los ojos del hijo de Ecthelion, sino sólo férrea determinación.

–Sois un hombre sabio pero inflexible, un hombre de certezas absolutas. No nos encontraremos de nuevo bajo el sol o la luna, Denethor, hijo de Ecthelion. Vuestro hijo será senescal después que vos, como deseáis, mas haced votos por que vuestras certezas no se desvanezcan y rogad para que la sangre de Gondor no corra por vuestra causa antes del fin.

Thorongil estuvo a punto de añadir algo más, pero finalmente decidió callar. Luego, sin inclinar siquiera la cabeza, se giró y abandonó la cámara. Nunca más volvieron a verse con ojos mortales Denethor y Aragorn.

La *Aglar Annúnor* flotaba en una pálida balsa de luz mortecina. Al este los primeros rayos de un sol rojo despuntaban sobre los acantilados del Harondor. Hoy sería un día muy caluroso. Una chalupa había sido arriada y se balanceaba en el mar, junto a la mole aparentemente inmóvil de la galeaza. Thorongil se afanaba en descolgar un fardo hacia la barca, ignorado por la tripulación, cuidadosamente atenta a otros menesteres. Sólo el joven Harlan se acercó a él y permaneció en silencio a su lado. Cuando terminó de descolgar su equipaje, Thorongil se volvió hacia el muchacho y sonrió.

–¿En verdad tenéis que iros, capitán Thorongil? –preguntó Harlan con una voz que traicionaba al niño que aún era–. Os necesitamos... él os necesita.



Thorongil puso sus manos sobre los hombros del escudero y los apretó con fuerza.

–Mi hora aún no ha llegado, Harlan, hijo de Forlong. Buscadme en la batalla cuando el destino se abata sobre Gondor. Entonces acudiré a vosotros, incluso si para hacerlo tengo que cabalgar bajo la misma sombra de la muerte.

Con gestos ágiles Thorongil bajó por la escala hasta la barca y puso proa a la cercana desembocadura del Harnen, avanzando hacia el sur con poderosos golpes de remo. Largo rato estuvo Harlan mirando cómo la barca empequeñecía y se alejaba hasta desaparecer detrás de un recodo de la costa. Ni una sola vez volvió Thorongil la vista, mientras las lágrimas corrían, incontenibles, por el rostro de Harlan y en el fondo de su estómago crecía un peso helado. El muchacho se sorprendió pensando en su madre, por primera vez en muchos días, y descubrió que la añoraba desesperadamente. Sólo al final, cuando apenas ya se distinguía la barca, reparó Harlan en que en el castillo de popa, asiendo un cabo, Denethor también había estado contemplando cómo Thorongil se alejaba. Harlan nunca supo qué había ocurrido esa noche en la cámara del senescal de la *Aglar Annúinor* y nunca fue capaz de decidir si Denethor había vigilado la barca de Thorongil para asegurarse de que no volvía la proa al norte o si lo hacía con la esperanza de que en el último momento virara y retornara con ellos.



## *MINAS TIRITH*

–Aquí estás.

Finduilas se apoyó en el quicio de la puerta, mientras Denethor acunaba mecánicamente en sus brazos al pequeño Boromir. Denethor no levantó la vista.

–Ya está hecho –la voz de Denethor sonaba lejana y ausente–. Thorongil no volverá a inquietarnos.

Finduilas se acercó a su marido y puso una mano sobre su brazo. Cuando Denethor levantó por fin la vista, Finduilas vio sus ojos inyectados en sangre y enmarcados por profundos cercos violáceos. A Finduilas le pareció que había más gris en su pelo.

–Harlan me ha dicho que llegasteis anoche.

–Era tarde y no quise despertarte –Denethor volvió a dejar a Boromir en su cuna, un pequeño manojito sonriente de brazos y piernas agitados.

–Has vuelto a pasar la noche en la torre –no era una pregunta, sino la expresión de un hecho. Denethor no respondió–. Tu familia, tu reino están ya seguros. Eres fuerte y eres noble, Denethor, mas te enfrentas a un mal antiguo y poderoso. Vuelve a cerrar la puerta, déjala como estuvo durante siglos.

–No puedo –la voz de Denethor era apenas un hilo–. Lo he intentado, pero me llama constantemente. Cada vez que cierro la puerta detrás de mí me digo que no volveré a traspasar el umbral, pero ocupa todos mis pensamientos. Al poco tiempo las razones por las que juré no volver a entrar en la cámara me parecen triviales, si es que alcanzo a recordarlas, y casi sin darme cuenta me encuentro de nuevo frente a... frente a ella.

–Frente a la piedra –Finduilas completó a frase–. Denethor, mi amor, no estás solo. Somos uno, y mi voluntad te sostendrá cuando flaquee la tuya. Yo te recordaré que, si te atas a la voluntad de la *palantír*, te arriesgas a perder lo que más aprecias: me perderás a mí y perderás a tu hijo.

Denethor abrazó a Finduilas súbitamente, pero esta vez no fue el abrazo protector al que ella estaba acostumbrada, sino que se aferró a ella como un náufrago se agarra a la tabla de su salvación.

–Mientras estés a mi lado no flaquearé, mi vida. Si me faltaras, no sé qué haría, no lo sé... Te necesito tanto...

Finduilas puso un dedo sobre los labios de Denethor y le sonrió. Luego lo tomó de ambas manos y, sin apartar los ojos de él, lo condujo a su alcoba.



#### CODA

–Aquí está, mi señor –dijo el sanador–. Lo trajeron a las Casas de Curación cuando aún arreciaba la batalla.

El recién llegado se arrodilló junto a la cama. Era un hombre muy alto y de gesto adusto, que llevaba sobre el pecho una piedra verde montada sobre un broche que simulaba un águila con las alas extendidas. Sobre la cama yacía un hombre robusto y de piel más morena que la de los hijos de Gondor. Había perdido el brazo derecho por encima del codo y una venda, limpia y tensa, le cubría el muñón.

–Hemos cerrado y cosido su herida, que era limpia y no estaba emponzoñada –explicó el sanador–. Fue derribado cuando encabezaba el ataque para liberar las puertas, mientras los Nazgûl alados aún se abatían sobre la ciudad. Ha perdido mucha sangre, mas ya debería haber despertado. Mirad, sus manos están ya frías como la muerte y apenas se percibe su aliento. Ha caído bajo la Sombra Negra, como tantos otros, y no hay modo de llamarlo de vuelta.

Suavemente el hombre de la piedra verde posó una mano sobre la frente del herido. El gesto del hombre se contrajo y su respiración se hizo más profunda.

–Aún no es demasiado tarde. Traed agua hirviendo –dijo al sanador con una autoridad que no dejaba lugar a dudas.

Cuando el sanador volvió con un cuenco humeante, el hombre de la piedra verde estrujó unas hojas secas que traía en un saquito de cuero. Un aroma fragante y fresco inundó la estancia y cuando llenó sus pulmones del aire vivificado, a la mente del sanador acudió el recuerdo del olor de los campos de heno tras la lluvia en la granja donde nació. El hombre alto se humedeció las manos y las puso sobre los ojos del herido.

–¡Harlan, hijo de Forlong, despierta a la vida y a la esperanza! –la voz del hombre sonaba profunda y perentoria. Harlan abrió los ojos.

–¡Thorongil, mi señor! ¿Qué ventura es esta? –preguntó, desconcertado– ¿Han sido todos estos años un sueño? ¿Acaso soy aún el escudero de mi señor Denethor? –luego,

reparando en su brazo perdido, el rostro se le ensombreció—. Las cimitarras de los urûk-hai... —se llevó su única mano al muñón y un gesto de dolor le cruzó el rostro—. ¿Se ha perdido la batalla?

—Minas Tirith se ha salvado —respondió Aragorn—, mas el precio ha sido muy caro. Descansad ahora, mi buen Harlan, otros heridos me necesitan y no debo demorarme — Aragorn se incorporó para retirarse.

—Sólo una pregunta más, Thorongil, —le detuvo Harlan—. ¿Dónde está mi padre? ¿Por qué no está a mi lado?

Aragorn se mordió el labio y bajó la vista. Pasados unos instantes, volvió a clavar sus ojos en los de Harlan.

—El noble Forlong, vuestro padre, ha muerto. Cayó luchando a pie, rodeado de enemigos, cuando todos los que combatían a su lado ya habían sido abatidos. Mas dicen que se llevó con él a muchos hombres del este —Aragorn suspiró—. Reposad ahora, Harlan de Lossarnach, eso es lo que en verdad necesitáis.

Apretando con fuerza la mano de Harlan, Aragorn acabó de incorporarse y salió de la estancia en busca de nuevos heridos a los que aliviar.

—El señor Piedra de Elfo lleva razón —dijo el sanador, colocando la almohada bajo la cabeza de Harlan—. Necesitáis descansar y recuperar fuerzas.

A pesar de las protestas del sanador, Harlan se incorporó y, poniendo los pies en el suelo, intentó levantarse de la cama. Sin embargo, demasiado débil para sostenerse en pie, volvió a caer sobre su lecho.

—Debo ver a mi padre —dijo, apretando los dientes—. Ayudadme.

—No puedo consentirlo —respondió el sanador, turbado—. No estáis en condiciones de levantaros.

—Acudiré a su lado, lo consintáis o no —respondió Harlan, tratando de levantarse de nuevo—. ¿O debo acaso llamar a mis hombres, si es que alguno ha sobrevivido a la batalla? —Harlan se sorprendió por lo pronto que consideraba como suyos a los hombres que hasta el día antes habían sido de su padre— ¿Dónde yace el Señor de Lossarnach?

Alarmado por la determinación de Harlan, el sanador le ayudó a levantarse y le ofreció su hombro para apoyarse.

—Han dispuesto el Gran Refectorio de estas Casas de Curación para los señores que han caído en la batalla del Pelennor. Allí yace vuestro padre junto a Hirluin de Pinnath Gelin, los hermanos Duilin y Derufin de Morthond y Halbarad, capitán de los dúnedain del norte. No está muy lejos de aquí y os llevaré a su lado si porfiáis en verle ahora, mas debéis prometerme que después regresaréis a vuestro lecho y reposaréis.

—No descansaré hasta ver a mi padre —respondió Harlan. Llevadme hasta él.

El Gran Refectorio de las Casas de Curación era una estancia amplia y alargada. En uno de sus laterales más estrechos habían dispuesto cinco túmulos, velados por diez guardias de la ciudadela. En el catafalco central yacía Forlong, el voluminoso cuerpo cubierto por un manto sobre el que estaba bordado el árbol de Gondor. A sus pies habían puesto su pesada hacha, que encontraron quebrada junto al cadáver. El sanador ayudó a Harlan a llegar hasta él, pero cuando el joven hizo gesto de levantar el manto, el sanador lo detuvo.

–Debo advertiros de que los crueles orientales se ensañaron con su cuerpo –dijo. Separaron la cabeza del tronco y está demasiado desfigurado para traeros consuelo alguno. Hacedme caso en esto al menos y no lo descubráis; quedaos con el recuerdo de su rostro como era en vida.

Harlan titubeó un instante y luego destapó la mano de su padre, que tan poderosa y enorme le había parecido de niño, pero que ahora yacía exánime y fría. Tomándola entre sus propias manos, Harlan se inclinó sobre ella y la besó. Thorongil había vuelto en la hora de mayor necesidad, Gondor había ganado la batalla y la Ciudad Blanca se había salvado, mas todo esto carecía de importancia: su padre había muerto y yacía ahora inmóvil a su lado. Nunca más volvería a oír su amada voz ni vería su franca sonrisa. Harlan cayó de rodillas y prorrumpió en sollozos.